

AMISTADES DE VERANO

FERRAN RAMON-CORTÉS

Hace cuarenta y ocho años pasé mi primer verano en la isla de Menorca. Tenía diez años, y nos llevó mi padre (mi madre se quedó en Barcelona porque estaba a punto de tener a mi hermana pequeña). Pasamos una semana con mis primos y una familia amiga en un hostel del pueblo de Fornells. Desde aquel primer verano he ido cada año sin excepción: cuarenta y ocho años seguidos.

Y en este tiempo he forjado preciosas amistades: mi vecino pescador, algunos lugareños de mi generación, amigos de mis padres, o los hijos de esos amigos con quienes yo coincidía. Con todos ellos nos hemos ido viendo verano tras verano.

En invierno nunca nos vemos; lo hemos intentado algunas veces y no ha funcionado. Y siempre acabo el verano pensando que perderé alguna de esas amistades, pero afortunadamente nunca ocurre, o nunca me ha ocurrido.

Se cuentan entre mis amigos de verano algunas de las amistades más sólidas y valiosas que tengo, y siempre me he preguntado cómo es posible que lo sean, si durante el año ni siquiera nos vemos.

LA OPORTUNIDAD DE ORO DE CONVIVIR...

Las vacaciones cambian nuestro ritmo vital, y nos regalan el tiempo y la oportunidad para relacionarnos con los otros. Lo hacemos además en un ambiente relajado, desinhibido, que invita a compartir algo más que una intrascendente charla. Quizás por eso a menudo nos descubrimos a nosotros mismos compartiendo experiencias, vivencias y sentimientos que no hemos encontrado el espacio (o el tiempo) para compartir durante el resto del año. Y quizás por eso también establecemos con quienes nos acompañan conexiones muy profundas, que van más allá de la superficialidad habitual, y que alimentan verdaderas amistades.

Las tertulias, las largas sobremesas, las conversaciones llenas de complicidad, todos los pequeños momentos de relación que tan difíciles nos resultan durante el año, pueden darse de forma espontánea y natural en verano, propiciando el entorno ideal para forjar grandes relaciones.

...Y DE SER NOSOTROS MISMOS

También es verdad que en vacaciones tenemos la oportunidad de quitarnos muchas máscaras. Somos, la mayoría de las veces, más “nosotros” que durante el año. Y esto también propicia que nuestros encuentros con los demás sean más especiales, más auténticos. Atrás quedan los roles profesionales, la necesidad de quedar bien, los compromisos, incluso muchas inseguridades y algún que otro complejo. Somos más nosotros que nunca, y puede ser que por eso exista este status especial de los amigos de verano, y al mismo tiempo el desinterés en verlos durante el año, en otras circunstancias y contextos.

Contando con la oportunidad de vernos, y con una dosis extra de autenticidad, las amistades de verano, aún siendo de corta duración, pueden ser de muy intensa y muy profunda relación. Esto explicaría que algunos de estos fugaces amigos estén en nuestra lista de amistades más preciadas, y nos llenen tanto a pesar del corto contacto. Porque son, de alguna manera, nuestros espejos más nítidos, los que nos reflejan la mejor y más auténtica imagen de nosotros mismos.

NO NOS VEMOS, PERO NO NOS DESCUIDAMOS

Las amistades de verano no se rompen por el hecho de no vernos durante el resto del año, simplemente hibernan. El invierno es un paréntesis en la relación. Pero que este tipo de amistades no se resientan de la larga pausa invernal, no significa que funcionen solas. Cada verano, cuando las recuperamos, tenemos que alimentarlas y mimarlas si queremos que perduren. Les tenemos que dedicar atención y tiempo. Tanto o más que a nuestras amistades de siempre.

Son amistades que se alimentan bien de los pequeños rituales, de las costumbres, de tradiciones como cenas que se repiten de año en año en fechas señaladas, o de salidas conjuntas. Siempre hay, en toda amistad, alguien que toma la iniciativa, que persigue al otro, que contribuye decisivamente a mantener la relación viva. Y las amistades de verano –aunque se limiten en el tiempo - no son una excepción. De hecho, cuanto más las cuidemos durante el tiempo en que permanecemos juntos, mejor resistirán la desconexión del invierno.

Y como cualquier relación, no vale darla por segura, o por conquistada. Necesitamos trabajarlas, que se note que son importantes para nosotros.

AMISTADES IMPROBABLES

Apelo al título de la novela de Abdel Sellou, “una amistad improbable” (novela en la que se basa la película intocable) para describir cómo muchas de estas amistades de verano, son a menudo poco esperables. Para aquellos que cambiamos de entorno, las vacaciones nos ofrecen la oportunidad de crear amistades con gentes del lugar. Personas que tienen vidas muy distintas a nosotros, y con quienes aparentemente poco tenemos en común. Y esta es la magia: es una oportunidad única de estar en contacto con personas que no conoceríamos en nuestra vida habitual, a las que no se nos ocurriría invitar a casa o con quienes no pensaríamos en pasar una tarde charlando. Y descubrimos personas fantásticas, que nos muestran con autenticidad otras formas de vivir y entender la vida.

También incluyo en este capítulo las improbables amistades con personas de generaciones distintas a la nuestra. En verano hacemos amigos mucho mayores que nosotros, y amigos más jóvenes. Los padres de un amigo del grupo de nuestro hijo

que son diez años más jóvenes, o un amigo de nuestros padres que ha acabado siendo amigo nuestro. Y esto es sin duda un tesoro: es vital cultivar la amistad de personas más jóvenes y mayores que nosotros. Las primeras nos contagian la ilusión y la energía de su momento vital. Los segundos nos regalan sensatez y sabiduría. Y poco a poco nos damos cuenta de que sólo aprendemos en relación con los demás, y que como más distintos sean estos “demás”, más aprendemos.

REINICIAR EL CICLO

A menudo nos despedimos de nuestros amigos de verano haciendo grandes planes para seguir viéndonos, aunque estamos convencidos íntimamente de que lo que ocurrirá es que nos veremos de nuevo hasta las nuevas vacaciones.

Y quizás sea lo mejor. Quizás sea precisamente ésta la clave de poder mantener la fuerza de estas amistades. Porque se forjan en un ambiente de autenticidad y profundidad de relación difícilmente reproducible en nuestro día a día. Quizás hibernarlas sea en efecto la mejor manera de mantenerlas intactas, y de que no pierdan su esencia.

Pienso que no necesariamente deberíamos de esforzarnos por mantenerlas activas en invierno (aunque recordarnos mutuamente que existimos, que estamos ahí, nunca sobra). Porque es otro entorno, y son otras circunstancias. Y del mismo modo que la piña colada no sabe igual en una terraza de la ciudad que en la playa, las amistades de verano no saben igual en invierno.

Escribo este artículo al día antes de coger un avión en dirección a Menorca, en el que será mi verano número cuarenta y nueve en la isla. Y ya estoy haciendo inventario de con quién sé seguro que me quiero ver. Con quién haré todo lo posible para pasar una larga velada. Con la mayoría llevamos once meses sin en más mínimo contacto. Pero habrá sido un paréntesis, nada más. Estoy seguro que retomaremos nuestra relación en el mismo punto en que la dejamos. Como si el otoño, el invierno y la primavera simplemente no existieran.